

# CAZADOR Y PRESA

J U E Z



GHERBOD FLEMING

VAMPIRO  
LA MASCARADA

CAZADOR  
LA VENGANZA

¿Quién es digno de juzgar?

Douglas Sands es un director ejecutivo de mediana edad cuya cómoda vida ha estado marcada por la pérdida y la decepción. Tiene un buen trabajo, vive en una bonita casa y no le pide nada a la vida... salvo, tal vez, que todo sea distinto, o al menos como solía serlo años atrás. Antes de que muriera su hijo. Antes de que se esfumara la pasión entre su esposa y él. Antes de que apareciera muerto uno de sus compañeros de trabajo.

Sands se encuentra añorando aún más el pasado cuando comienza a ver y a oír cosas que no pertenecen al mundo que conocía. Los monstruos que acechan en la oscuridad desean lo único que conserva algún valor para él. Douglas Sands comienza apenas a abrir los ojos a las verdades del Mundo de Tinieblas cuando se ve obligado a enfrentarse también a todos los horrores humanos que ha cometido. No puede evitar preguntarse si será realmente digno de juzgar a los demonios sobrenaturales que descubra.

Este es el segundo libro de una serie de seis en la que se examina a los Cazadores, recién llegados al Mundo de Tinieblas, y a sus enemigos sobrenaturales, cuya destrucción es el opositor para el que han sido creados. Durante el transcurso de la serie, se desdibujará la línea que separa al cazador de la presa.

# Primera parte: Adam

## Capítulo uno

El desparramado complejo de apartamentos se asemejaba a un gigantesco panal derruido, una ruinoso colmena que alojaba a los desheredados. Las farolas fundidas montaban guardia sobre los herrumbrosos vehículos de los vecinos. De los residentes que tenían empleo, la mayoría trabajaban en la cadena de montaje de la fábrica de Iron Rapids. Antes, Douglas Sands pensaba que los empleados de una empresa automovilística conducirían coches más nuevos, pero ya había rectificado. Los empleados recibían un buen suministro de coches nuevos, sí, que se apresuraban a vender fuera de la ciudad para obtener pingües beneficios. Les hacía más falta el dinero que otro coche. Preferían los modelos antiguos y baratos. En vez de pagar el seguro de accidentes, pagaban el alquiler o compraban comestibles, o ropa para sus hijos. Ése era el motivo por el que las calles de Iron Rapids estaban atestadas de montones destartalados y abandonados de acero, caucho y vinilo.

«Parásitos», pensó Sands. Parásitos que se alimentaban de la generosidad de la empresa. Si no empezaran a tener hijos antes de cumplir los quince, o si permanecieran casados —«*si se casaran*»— cuando lo hacían, o si terminaran sus estudios, tal vez fueran capaces de mantener una familia. «*Nadie te da nada gratis*». Nadie le había dado nada gratis a Douglas; había llegado hasta donde estaba a fuerza de trabajar.

No se habría estancado en ese lugar de no ser por Melanie. ¿Cuántas veces la había animado a mudarse, incluso se había ofrecido a pagarle el alquiler en cualquier otra par-

te? Pero ella estaba decidida a ser independiente. En teoría, eso no tenía nada de malo, pero a Douglas le dolía que no fuera capaz de salir de aquel atolladero.

El edificio vecino al de Melanie estaba desocupado en aquellos momentos. Hacía varios meses que se había desplomado un balcón. Algunas personas habían resultado muertas o heridas; Sands no recordaba todos los detalles. Poco después se había llevado a cabo una inspección, aparentemente tardía, y la estructura al completo había sido declarada en mal estado. Desde entonces no había vuelto a suceder nada; nada salvo que los inquilinos habían sido desalojados y obligados a pedir albergue a sus familiares, o tal vez a alquilar cualquiera de las cochambrosas chabolas que se levantaban cerca del río. Allí seguía la lona azul claveteada que cubría el boquete donde se había desprendido un juego de puertas correderas junto al balcón siniestrado. Se habían cegado con tablas las ventanas más bajas del edificio, pero los vándalos habían puesto a prueba sus brazos —y sus gatillos— y habían conseguido romper varias de las ventanas más altas. El complejo había sido el parto del ingenio de los ingenieros sociales de la Gran Sociedad. Treinta años más tarde, asfixiado por el crimen, las drogas y la pobreza, el proyecto de urbanización se había privatizado; por lo que ahora los habitantes, al igual que las instalaciones, se sustentaban y languidecían por sus propios medios, y no a costa del erario.

«¿Por qué demonios se queda aquí?», se preguntó Sands.

Al fin encontró una plaza de aparcamiento relativamente próxima a una de las pocas farolas que funcionaba. Su reluciente vehículo último modelo destacaba en medio de los abollados coches con sus paneles de colores primarios. Cuando pisó la calle, la apelmazada y mugrienta nieve crujió bajo sus pies igual que un puñado de huesos. Pese a llevar puesta la gabardina, Sands se sintió fuera de lugar con las perneras de sus pantalones y los zapatos de vestir aún

visibles. Era casi un milagro que no le hubieran atracado por el camino, o que no le hubieran destrozado el coche. De momento, por lo menos. Miró en rededor, sintiéndose igual que un ciervo iluminado por un foco bajo la solitaria farola. Un escalofrío recorrió su espalda; los diminutos cabellos de su nuca se atiesaron. Se aferró con más fuerza al cuello de su abrigo, ajustó mejor la bufanda.

El aparcamiento era una traicionera pista de hielo, con la nieve derretida y vuelta a congelar convertida en una masa gris prensada por incontables neumáticos. Los zapatos de Sands estaban diseñados para caminar sobre parqué y no le conferían adherencia alguna. Extendió las manos enguantadas para ayudarse a conservar el equilibrio y empezó a caminar por aquel páramo glacial; lo habría conseguido sin mayores problemas, de no haber sido por el coche.

Los faros barrieron la curva del aparcamiento, describiendo una trayectoria errática. Los neumáticos intentaron, sin suerte, aferrarse al hielo. El coche patinó hacia el exterior de la curva, compensó, resbaló en dirección contraria. El motor rugía, las ruedas giraban más deprisa de lo que avanzaba el vehículo... que seguía siendo demasiado deprisa en aquellas condiciones. Sands no estaba seguro de que el conductor le hubiera visto patinando con dificultad por el aparcamiento, pero lo cierto era que el coche no se detuvo. Se abalanzó sobre él, una masa de acero, luces cegadoras y bajo atronador.

Sands aceleró el paso y sintió cómo le abandonaba su precario equilibrio. Sus pies dejaron de estar debajo de él. Se encorvó, intentando frenar la caída, y sintió la familiar punzada en la espalda. Se apoyó en un contenedor de basura saturado en el momento en que el coche pasaba rugiendo junto a él, con los neumáticos girando enloquecidos y patinando sin rumbo sobre el hielo.

Permaneció allí durante algunos segundos, apoyándose contra el contenedor, sin querer dejarse caer y ensuciarse las rodillas de los pantalones, pero incapaz de erguirse por

culpa del dolor que irradiaba de la parte inferior de su espalda. El metal de color verde del contenedor le transmitía su frío a través de los guantes de conducir. El hedor de la basura abandonada, unido a su dolor de espalda, comenzó a revolverle el estómago.

Procurando contener la respiración, Sands se agarró con fuerza al metal. Se impulsó despacio, deslizando los pies bajo su cuerpo. Unas insoportables punzadas le acribillaron la espalda y descendieron por sus piernas cuando hubo recuperado el equilibrio. Al volver a sostener su propio peso, no pudo evitar soltar el aliento, y cuando inhaló de nuevo, le asaltó el grasiento y penetrante tufo de los desperdicios. Alzó la mano para taparse la nariz y la boca, para descubrir que tenía los guantes recubiertos de una especie de sustancia pegajosa que impregnaba el costado del contenedor. Se quedó mirándose las palmas por un momento, antes de quitarse los guantes y tirarlos al contenedor, asqueado. La brusquedad del movimiento le costó otro espolonzazo de dolor. Los guantes aterrizaron en medio de las bolsas, las cajas y los andrajosos colchones que formaban un contrafuerte desparramado bajo la abertura del sobrecargado contenedor.

Maldiciendo entre dientes, Sands pugnó por llegar a la escalera. No podía caminar erguido, y con cada paso que daba, el dolor golpeaba como un relámpago que le recorriera la espalda. Las escaleras individuales eran lo bastante altas, y tuvo que levantar el pie lo suficiente, como para que dudara de ser capaz de soportar la atroz agonía que suponía cada paso hasta llegar al tercer piso. Sin los guantes, su mano no tardó en congelarse contra la barandilla de metal. Tras perder un trozo de piel, logró tirar de la manga de su abrigo lo suficiente como para poder apoyarse; era la única manera de subir aquellas escaleras. La peste a putrefacción seguía adherida a él, como si se hubiera infiltrado en su interior y supurara ahora a través de sus poros, intentando que vomitara por todos los medios.

La techumbre que coronaba la escalera actuaba como cañón de viento; una ráfaga impulsó a Douglas por la oscura cavidad más deprisa de lo que podía moverse con comodidad. El santuario ya estaba tan cerca. Esperaba que Melanie se diera cuenta exactamente de lo que había tenido que soportar por ella; lo que estaba claro era que tenía intención de decírselo. ¡Por si fuera poco que hubiera tenido que aventurarse en aquel pozo infecto, un conductor psicópata había intentado atropellarlo!

Cuando Sands asió la aldaba de bronce de imitación de la puerta de Melanie, el metal se zafó de sus dedos. La tosca cabeza de león, encima de los números inscritos «666», abrió las fauces, como si se tratara de una aparición dickensiana, como si quisiera rugir, como si quisiera *morder*. Sands retiró la mano de golpe...

Y no pasó nada. Nada inusual. El león de bronce de imitación aguardaba pacientemente con la anilla de la aldaba sujeta entre los dientes. Nada de «666», tan sólo el número del apartamento «3031». Sands se quedó mirando la aldaba. Se esforzó por respirar más despacio y se humedeció los labios, fríos y secos.

—¿Qué demonios...? —susurró.

El vaho de sus palabras escapó en dirección al cielo oscurecido. Sentía las piernas débiles, y su estómago bullía igual que una olla de aceite hirviendo. Su espalda... su espalda tenía la culpa, se dijo. Llamó a la puerta, al fin, sin fuerzas, y se sintió inmensamente aliviado cuando le recibieron la calidez y la seguridad del interior.

## Capítulo dos

Julia no podía soportar la casa durante el día, por lo que había esperado a que se hiciera de noche. Se dio cuenta de que resultaba extraño, porque era de noche cuando había ocurrido.

Se quedó en la curva durante bastante rato. Junto al coche. Mientras el coche estuviera a pocos pasos de distancia, siempre podría entrar en él de un salto y marcharse. Luchó contra ese impulso todo el tiempo que permaneció allí.

La casa era muy parecida a casi todas las demás de aquella subdivisión: revestimiento de vinilo blanco, con un garaje de ladrillo de cara a la calle; una canasta de baloncesto encima de la puerta del garaje; unos cuantos rastros enterrados en la nieve en la base del porche; macetas colgantes, hogar de plantas muertas y arrugadas. La enredadera y las flores de los maceteros probablemente se había marchitado mucho antes de que llegaran las nieves, durante el verano, tal vez incluso en primavera. A David no se le habría ocurrido regarlas. Sólo quedaban los tallos marrones y un puñado de hojas secas. No había ninguna luz encendida dentro de la casa.

Al cabo, Julia Barnes se alejó de su coche. Dio un paso, luego otro, hasta el camino de entrada. Se detuvo. Bloque abajo, la puerta de un coche se cerró de golpe. Alguien reía, charlaba. Un adolescente, un padre, de regreso a casa procedente de alguna parte. ¿Podían verla? Le parecía que no. O si lo hacían, no prestaban atención. Transcurrieron algunos segundos más —menos de un minuto a lo sumo de animada conversación— y luego se cerró otra puerta y des-

aparecieron, como si nunca hubieran estado allí. Julia le pidió a Dios que ella hubiera tenido algún vecino ruidoso, sólo uno, alguien con la cara pegada a la ventana de la cocina, sin perderse detalle de las personas que iban o venían. Así Julia podría conocer la verdad. Pero todas las familias se guarecían en sus cálidos bunkeres de vinilo, ladrillo y aislamiento en las ventanas, con el televisor —o los distintos televisores, uno en cada habitación— como única ventana al mundo exterior. Pero no a la realidad.

Reanudó el camino. Esta vez logró cruzar todo el sendero, subir los tres escalones, pero sintió cómo la abandonaban las fuerzas ante la puerta principal. Cuando dejaba de moverse, la inercia se adueñaba de su cuerpo. La llave, en el bolsillo de su parka, parecía algo muy lejano. La capucha del abrigo descansaba sobre su espalda; tenía entumecidas las orejas y la nariz. La cinta policial que había precintado la puerta hacía mucho que había desaparecido.

¿Cómo podía haber estado tan segura la policía? ¿Cómo podía haber estado tan «equivocada»?

Inhaló hondo, cogió la llave de su bolsillo, abrió la cerradura, abrió la puerta... Se encontró delante del oscuro recibidor en el porche. Una nube de la nieve más ligera y pulverizada siguió a la ráfaga a través de la puerta abierta. Vacilante, Julia la siguió a su vez.

La oscuridad y el silencio eran sobrecogedores. No parecía su casa. La tensión de su cuerpo hacía que le dolieran la cara, los dedos y las rodillas. Tenía que hacer pis. Hacía menos de un año que se había marchado, pero cuando encendió la luz, seguía esperando que apareciera alguien, que le recriminaran su intrusión. Pero lo único que había era el tenue zumbido de la calefacción, que había encendido el corredor de fincas para evitar que se congelaran las tuberías. Dejó abierta la puerta del baño mientras orinaba. El intenso vacío de la casa le producía congoja. No estaba bien, encontrarse tan sola en un lugar que había estado tan lleno de risas y felicidad en el pasado... aunque no al final.

Pero Timothy no había tenido la culpa de nada de eso; había sido culpa suya, y puede que de David, pero no de Timothy. ¿Cómo iba a saber la joven pareja que formarían David y ella hacía tan sólo unos cuantos años la tensión a la que iba a someter un niño a su relación, tan firme en apariencia? ¿Cómo iban a saber que, cuando empezaran a ocuparse de verdad de otra persona, del adorable Timothy, el amor que sentían el uno por el otro se tornaría insignificante y estéril? Se suponía que un hijo era la culminación del matrimonio; era cierto para la mayoría de la gente. El que no hubiera sido así para ellos no era culpa de Timothy. Al final, había sido ella la que había encontrado trabajo en otra parte, en el este; era ella la que se había marchado, la que había accedido a dejar atrás a su pequeño, para que éste pudiera quedarse cerca de sus abuelos. Qué excusa más patética. Ninguno de los amigos de Julia lo había entendido... o puede que sí, que lo hubieran entendido mejor incluso que la propia Julia. Ella no había querido creer que pudiera ser tan cruel, que elegiría una vida de soltera y la libertad que ésta conlleva antes que la maternidad por cualquier motivo salvo por el menos interesado, el bienestar de Timothy. No hasta que se había producido la catástrofe y ella había descubierto que no era más que una cáscara vacía, a cientos de kilómetros de su hogar.

De pie en la casa vacía, se preguntó qué podría haber ocurrido aquella noche. Le costaba creer que David hubiera comenzado a pensar en el suicidio tras su separación; no era proclive a guardárselo dentro, a sufrir en silencio y deprimirse. Julia hizo un mohín al pensar aquello, al comprender la crítica que llevaba implícita, pero sabía que tenía razón; incluso David se mostraría de acuerdo. Si siguiera con vida.

Llegó a la sala de estar. Sus movimientos eran vacilantes, como si estuviera asomándose a la vida de otra persona, de una desconocida; los libros y las fotos de las estanterías parecían extrañas. Subió las escaleras a oscuras, sin en-

cender más luces por el extraño miedo a que los vecinos las vieran y llamaran a la policía. Pero los vecinos no verían nada. Como no habían visto nada.

Se asomó al dormitorio principal, su antigua habitación, de David y ella, donde habían concebido a Timothy. Allí era donde había ocurrido... donde David se había pegado un tiro. La alfombra y el edredón eran nuevos; el corredor de fincas debía de haberse ocupado de eso.

La siguiente puerta constituía un reto aún mayor; había sido el cuarto de juegos, y luego la habitación de Timothy cuando, en algún momento, había experimentado esa ambigua transición porque ya era demasiado mayor como para dormir en un cuarto de juegos. Por difícil de creer que fuera el que David se hubiera quitado la vida, lo que Julia no lograba imaginar ni por un segundo era la conclusión a la que había llegado la policía: que Timothy había descubierto el cadáver de su padre y había huido. Timothy no había sido nunca un niño particularmente aventurero ni valiente. «Tímido» sería una descripción más exacta. Cuando aún era un bebé, ella le había mantenido lejos de las escaleras dejando la aspiradora al pie de las mismas. La máquina le inspiraba tal pavor que huía corriendo y gritando en cuanto la veía. ¿Era ése un niño capaz de escaparse y subsistir por sus propios medios? ¿Con la casa de sus abuelos a escasos bloques de distancia?

La policía sospechaba también que el muchacho se habría visto metido en problemas tras abandonar la casa; puede que lo hubieran secuestrado en la calle. Pero sus pesquisas se habían limitado a lo convencional, lo mundano. ¿Cómo podía hablarles Julia de los otros peligros, los peligros que sabía que debían de haber conspirado para privarle del marido del que vivía separada y de su único hijo? Habría pasado el resto de sus días en un manicomio. Así las cosas, había conocido a otras personas que tal vez pudieran ayudarla a encontrar a Timothy. Si es que aún no era demasiado tarde.

—Ojalá hubiera estado aquí... —Se desplomó de rodillas junto a la estrecha cama gemela en la que solía dormir Timothy. Si hubiera estado aquí, tal vez hubiera podido evitar lo sucedido, o al menos, no se habría quedado a solas con la duda y la incertidumbre—. Ojalá hubiera estado aquí... —repitió, y las palabras desataron sus lágrimas. Se quedó sentada y llorando hasta altas horas de la noche, sola en la casa vacía.

## Capítulo tres

Douglas consiguió quitarse el abrigo a duras penas. Desvestirse habría sido un suplicio de no ser por la solicitud de Melanie, que le ayudó a desprenderse de la chaqueta y la colgó pulcramente en el respaldo de una silla. Tenía que haberse dado cuenta, en cuanto hubo abierto la puerta, a juzgar por la expresión de Douglas y el extraño modo en que se conducía, de que algo iba mal. Si reparó en el hedor del contenedor de basura, no dijo nada ni arrugó siquiera su naricilla respingona.

—Tienes pinta de necesitar un trago —dijo, mientras le conducía hasta el sillón.

—Una cerveza me vendría de perlas. —Sands sonaba más lastimero de lo que pretendía, como le indicó la franca mirada de compasión que le dedicó Melanie. No podía quitarse de la cabeza lo que había visto, lo que *no podía* haber visto: la aldaba de la puerta abriendo la boca para morderle. Eso, la náusea, y su espalda, se sobaban para desconsolarle. Sentarse alivió un tanto su dolor de espalda, pero tampoco era del todo cómodo, y cualquier intento por cambiar de postura generaba renovadas punzadas de dolor.

Melanie abrió la puerta del frigorífico.

—¿Qué tal un vino frío?

—¿No tienes otra cosa?

—Tengo... vino frío.

Douglas exhaló un sonoro suspiro.

—Dios santo. Está bien.

Sin que se lo pidiera, le ayudó a inclinarse en el sofá, levantándole los pies, y luego le quitó con cuidado los zapatos y los calcetines. Douglas había llegado a un punto en el que no habría podido alcanzarse los zapatos, por no hablar de desatar los cordones y quitárselos, pero mientras ella les sacudía la nieve y los dejaba junto al radiador para que se caldearan, lo que más le preocupaba era el maloliente brebaje embotellado de kiwi con algo que le había dado. Con el primer sorbo, sintió cómo se le revolvía de nuevo el estómago y se le subía la bilis a la garganta.

—*Agh*. Esto es peor que la basura.

—¿Qué? —Melanie se sentó en el borde del sofá y comenzó a acariciarle el cabello. Le gustaba buscar las primeras canas que habían empezado a surgir. El hecho de que estuviera encaneciendo a los cuarenta y seis no era algo que a Sands le gustara que le recordasen, y le apartó la mano más de una vez, irritado.

—¿Qué clase de infierno es éste en el que vives? Música rap y vino frío.

—Yo no toco rap.

—No lo tocarás, pero bien que lo escuchas. —Lo cierto era que el atronador bajo de la música de uno de los vecinos provocaba que el suelo vibrara ligeramente. Para ella no era más que ruido de fondo. Así era como le gustaba vivir mientras se pagaba el instituto de la comunidad, en lugar de aceptar la oferta de Sands de ponerla en otro sitio. Desearía que ella hubiera accedido, aunque sólo fuera para no tener que volver más a aquel agujero.

—¿Para eso has venido? —preguntó Melanie, aflojándole la corbata—. ¿Para escuchar música?

Sands soltó una risa despectiva.

—Sí, justo.

La mano de Melanie se apoyó en su pecho y luego en su estómago, no del todo firme, siguiendo la línea de los botones hasta la cintura.